

Textos literarios

¡Ay, Debla de mis amores, lo que yo te quiero!

■ Jesús Manuel Rubio Fernández



Para mí, eres la luna menguante que nos ilumina allá lo lejos; una jonda guitarra que llora desconsolada, porque una minera perdió, un buen día, todo su sentimiento. ¡Ay, Debla de mis amores, lo que yo te quiero! Eres un caballo blanco que galopa desbocado en campo abierto; un repique de cien campanas anunciando un feliz casamiento; una pluma inspirada y una alianza dorada con la que te juré amor eterno.

¡Ay, Debla de mis amores, cuánto te quiero! Porque tú eres una joven princesa: la tierra, la lluvia, el sol y hasta el propio fuego. Eres aquel bonito piropo que mueve el viento, una gaviota que en su vuelo lleva rumbo incierto. ¡Ay, Debla de mis amores, lo que yo te quiero! ¿Por qué? Por tu fuerza, tu temperamento, por la sensualidad de tu boca; por ese cuerpo tuyo, que es el

mismo pecado, yo me muero, mejor aún: me estoy muriendo.

Me vuelvo loco perdido, cuando tú y yo nos amamos en silencio. ¡Ay, Debla de mis amores, lo que yo te quiero! Porque tú eres mi dulce condena, el ritmo armonioso y perfecto de un sublime bolero; un muletazo soberbio, un cante hondo y profundo que sale de las entrañas de mi pecho. ¡Ay, Debla de mis amores, lo que yo te quiero! Cuando me susurras al oído que me amas, no sé lo que me entra por el cuerpo. Hasta el corazón se me dispara de tanto como te quiero; en el estómago me bailan miles de mariposas una danza para festejar nuestro encuentro. ¡Ay, Debla de mis amores, lo que te quiero!

Eres la risa alegre de un niño, la mujer morena que pintó, como nadie, Julio Romero de Torres; una carta de amor inacabada de tanto como te quiero... ¡Ay, Debla de mis amores, por tí, mi niña, estoy prisionero! ¡Ven esta noche, de amor y locura, de este frío catorce de Febrero! ¡Ven, te lo ruego! Fundamos nuestros cuerpos en uno solo, Debla de mis amores, y juguemos juntos a amarnos, como tantas otras veces hemos soñado, cuando éramos pequeños. Demos rienda suelta a la pasión, ¡por favor, te lo ruego! Hazme, Debla mía, tuyo para siempre. ¿Acaso no ves que yo, sin tí, me estoy muriendo?

Y ahora sólo pido que me hagas el amor muy despacito, bajo este cielo cubierto de estrellas y relucientes luceros. ¡Ay, Debla de mis amores, lo que yo te quiero! Eres un beso suave, la tierna y blanca caricia con la que siempre sueño; ese duendecillo inquieto que va y viene, ¡sin que podamos detenerlo! Eres, asimismo, la frase más maravillosa del mundo entero; un cante perdido que nunca supimos quién lo cantó, pero, sin embargo, de emoción hizo rompernos.

¡AY, DEBLA DE MIS AMORES, LO QUE YO TE QUIERO!